

# Quien no huye, ataca

## Cinco propuestas para desactivar la bomba demográfica

SE VISLUMBRA UN NUEVO ORDEN MUNDIAL. La guerra fría ha terminado, la época de las guerras civiles se inicia. Las esperanzas de paz mundial de 1989 no se cumplieron. Yugoslavia y Somalia están presentes en la televisión. Afganistán pasó a un segundo plano. Camboya está casi olvidado. Las 30 a 50 guerras civiles de la actualidad sobrepasan toda imaginación. La vida cotidiana las rechaza como información superflua. La preocupación se convierte en indiferencia.

Lejos están Burma, Timor del Este, y Sri Lanka. ¿Qué interés tiene para nosotros las batallas entre Hindúes y Moslems en la India? ¿Y qué las decenas de miles de víctimas de las guerras civiles en Simbabwe, Zaire, Etiopía, Ruanda y Liberia? ¿Qué las 700.000 víctimas en el Sudán del Sur, y qué los mil muertos diarios de la guerra civil en Angola, que volvió a estallar? Las luchas étnicas y políticas en las repúblicas de la Rusia desintegrada permanecen lejos. Las luchas en Guatemala, Nicaragua, El Salvador, que duraron años, nos han insensibilizado contra la violencia diaria cometida por bandas de terroristas, golpistas, grupos radicales, y movimientos subversivos en América del Sur y América Central. Los muertos de

las guerras civiles, a nivel mundial, suman de siete a diez millones en los últimos años.

Al mismo tiempo, globalmente, se prendió la mecha de la bomba demográfica: crecimiento de la población. En el año 1800, la población mundial era de mil millones de personas; hasta 1930, subió a dos mil millones; en 1960 fueron tres mil millones; en 1974 cuatro mil y en 1985 su crecimiento alcanzó los cinco mil millones. Se calcula que para el fin del milenio será de 6.200 millones, y en el año 2025 alcanzará la cifra de 8.500 millones. Pronósticos recientes prevén una población mundial "estacionaria" de doce a quince mil millones de personas. Para entonces, Africa, Asia y América Latina constituirán un 89% de la población mundial. Y 1.7 millones de habitantes del mundo rico se enfrentarán a 6.8 mil millones de habitantes de las regiones pobres de la tierra. La creciente prosperidad ha sido grabada en la conciencia mundial por los medios de comunicación social.

El fugitivo normal, por motivos económicos se considera superfluo. En promedio, es joven, sano, más bien varonil, entre 15 y 29 años. No pertenece a los más pobres. A menudo tiene una formación y es campesino. Se siente atraído por

una ciudad que inspira temor, y que tiene un crecimiento rasante. Como estudiante, comerciante, obrero, o trabajador ocasional, con grados académicos, busca su suerte. No cae en la criminalidad, ni termina en los tugurios, junto a los desdichados y amenazados por el hambre. Con envidia observa a los establecidos. Lo atraen el éxito y la corrupción de estos ricos, asegurados y poderosos. Los terroristas y grupos subversivos le parecen "Robin Hoods". Sin embargo, se resiste a su atracción. ¿Atacar o huir? Una kalaschnikow sería demasiado arriesgada. Lleno de vigor y descontento, valiente y resignado, lo impactan las noticias, rumores y relatos del Norte próspero. Crece el descontento dentro de él, y un día de tantos está ahí: la desligación involuntaria-voluntaria. Y lo saca de la multitud de los superfluos.

Ahora, pertenece a la élite de los dispuestos a huir. Infinidad de preguntas lo atormentan: ¿Qué tan lejos, a cuál país, a cuál ciudad me iré? Australia recibe personal altamente calificadas; USA prácticamente no recibe africanos; Europa es hostil a los forasteros; ¿Canadá? ¡Tal vez! ¿Legal o ilegal? Pero, sobre todo: ¿Me recibirán, encontraré trabajo y comida, dicha, o hasta riqueza? Se desliga de todo lo que, desde su niñez, conoció y amó: padres, familia, tribu, abolengo, clan, tierra, cultura y religión. En su interior lleva esta herencia. Ella es el material del cual, más adelante,

tejerá sus mitos de descendencia.

De esta manera espera una excepción. Si es rechazado, se siente defraudado y furioso. Más aún: regresa con odio hacia el país huésped, y con pensamientos de venganza hacia su patria. Quien ya no puede huir, ataca. Por encima del odio y de la venganza se inicia una libertad destructora; lo desliga de las raíces de su procedencia. El deseo de un futuro para su vida será más fuerte que su temor ante una muerte violenta. Así penetra en el círculo de grupos armados y bandas terroristas, es atrapado por el carisma de sus líderes: un líder de oposición, rebelión o guerrilla, o un jefe de banda, militar, guerrillero, líder regional, los cuales —por su parte— atraen a los descontentos y les prometen una vida mejor; promesas de "libertad", de "honradez" contra la corrupción o el idealismo social. Fórmulas que, después de la caída del muro del idealismo mundial, son intercambiadas entre el socialismo y el capitalismo. Con ellas, se puede imaginar el futuro en imágenes bélicas. Porque, quien tiene armas, tiene dinero. Quien tiene dinero, atrae vagabundos. Armas significan todo en una guerra civil. La disponibilidad para luchar se manifiesta en exclamaciones de lucha. En la frase "one settler, one bullet", la cual es pronunciada por el joven seguidor del PAC sudafricano al ver hacendados blancos, se percibe la disposición a matar, la cual va de la mano con la disposición a morir. El

riesgo mortal es amplificado. Para poder vivir, tendrás que matar a tus enemigos. La conciencia, como última instancia, lo sabrá justificar.

En Estados multiculturales, la lucha de todos contra todos se convertirá en una selección racista del más fuerte, etnias y asociaciones religiosas, las cuales, pese a la coexistencia no se han mezclado, sienten las diferencias, asimetrías, barreras, las cuales, por lo general, son producto de la distribución de riquezas y posiciones del poder. Sólo se requiere de un disparador: un aumento de precios, un atentado, un primer muerto. A menudo, alguien es acorralado en un acto de odio personal, para poner a rodar la piedra de la guerra civil. Es el primer muerto quien contagia a todos con un sentimiento de amenaza.

Ahora, el rechazado que regresa puede poner en práctica su plan original, si lo desea. De nuevo solicita entrada en los puestos fronterizos, controlados, del mundo próspero. Pero, esta vez no como fugitivo de la economía, sino como perseguido político de la guerra civil. Se ha convertido en un "perfecto perseguido político" (Gunnar Heinsohn). Como tal, disfruta de derechos migratorios especiales; el material que lo prueba lo lleva consigo.

En los próximos dos o tres decenios, el círculo Sur-Norte se convertirá —con seguridad casi matemática— de un crecimiento explosivo de la población, migración económica, fronteras

controladas, guerras civiles, persecución política y concesión de asilo, en un fenómeno global masivo. Se distinguen cinco opciones como solución de este reto:

**Opción uno:** Propone la apertura de las fronteras de la prosperidad para todos los fugitivos de la economía —un bien intencionado descuido—. Ningún gobierno puede relacionar las enormes tareas de integración con los intereses nacionales. Este y Oeste hombro a hombro: el potencial de 20 millones dispuestos a huir de Rumania, Albania, Armenia, Georgia debe controlarse —de una u otra forma—, para establecer el control en un conjunto, para establecer un límite de inmigración del Norte comparado con la del Sur.

**Opción dos:** Es producto del pensamiento moralista. Se denomina: disminución de los motivos para la fuga por motivos económicos, mediante la lucha contra la pobreza y la política económica. Sin embargo, aumentará el potencial de fuga. Entre más individuos sean elevados por encima del límite de la pobreza, y reciban una buena información, más aumentará la disposición de fugarse. Entre más se acerca el ciudadano del Tercer Mundo al estándar del Primer Mundo, más atraído se siente por sus promesas.

**Opción tres:** Lleva el sello de un pragmatismo misionario. Profesa una política de intervención bajo la condición de la democracia y los derechos humanos. Se comercializa bajo el nombre de "Política Clinton", y abarca servicios intermediarios de la ONU.

Se basa en la universalidad de la democracia y los derechos humanos. Esta labor misionera es rechazada por fundamentalistas islámicos y también por africanos, como colonialismo occidental de los derechos humanos. Pero no produce ningún cambio en la motivación del pueblo para una fuga por motivos económicos; casi como el antiguo cuerpo de bomberos romano, el cual, iniciaba el fuego, para luego apagarlo: en mercados incontrolables de divisas y armas, Este y Oeste suplen los países del sur con dinero y armamento.

**Opción cuatro:** Propone renunciar a acciones militares y humanitarias. El verse obligado a intervenir constantemente, a largo plazo produce cinismo. Esta opción renuncia a la validez universal de la democracia y de los derechos humanos,

simplemente acepta la masacre del pueblo y la guerra civil.

**Opción cinco:** Propone reducir el crecimiento demográfico, a cualquier precio, se quiere evitar que el bote sobrecargado se hunda. Pide la reasignación de los miles de millones de dólares para gastos de asistencia, para programas efectivos de control natal, para reducir el exceso de fugitivos, por causas económicas. Se pretende evitar el círculo Sur-Norte, desde su origen. La guerra civil no es un medio adecuado y la democracia partidista no es garantía para reducir la población. A menudo, los regímenes autoritarios, como el de Singapur, tiene más éxito. Los gobiernos de los países ricos condicionan todas las relaciones políticas con el control de la natalidad. Convenios comerciales y económicos, provisión de armas, eliminación de deudas, convenios de aforo, ayuda de todo tipo para el desarrollo, se condicionan a la comprobación de un control natal efectivo. El autor es partidario de la opción cinco. ☉

*Hartmut Diessenbacher*